

El voto de Carmela

Astrid J. Lugo López

-Tú asegúrate que los nenes vayan a la escuela, sobre todo la nena. No te preocupes por mí.

Carmela le susurra a su mamá cuidando de no despertar a los que duermen. Son las cinco del amanecer de Dios y se prepara para salir a la faena. Todavía no acaba de salir el sol, la casucha está a oscuras y Carmela se mueve de un lado para otro en el cuarto, carga un quinqué en la mano, parece que lleva consigo un aura amarilla mientras se mueve. De momento, como una caricia, se escucha sobre el zinc una llovizna que hace eco en cada esquina. Su mamá suspira tras ella,

-Mamita, pero si está lloviendo, te va a dar una pulmonía.

La mamá de Carmela se persigna mientras le pone un abrigo tejido sobre los hombros a su hija; recita a las paredes de la casa y a todos los santos que se la cuiden, que se la guarden, que no se meta en problemas. Se aleja, las pisadas cuidadosas de Carmela exprimen la madera y hacen un chillido bajo sus pies por el pasillo que va de los cuartos hacia la cocina. Reposo el quinqué sobre la mesita al lado del fogón. Agarra una pequeña cacerola, calienta la harina de café molido con un poco de agua. La candela levanta el líquido espeso, Carmela agita el café con un cucharón y tapa el fuego con un pedazo de zinc, se lleva la cacerola con una mano, la sopla, y luego va a la mesa, vierte un chorrillo del líquido en una media, un retazo de tela blanca reutilizada una y otra vez para colar el café. El olor perfuma la casa con el tueste. Abre un poco las ventanas de madera y deja que se asome el gris pálido azulado del cielo que poco a poco se va aclarando con el tiempo. Sirve dos pocillos, uno lo pone en las manos de su señora madre, y camina con el suyo a la entrada de la casa, suspira. Desde la puerta abierta, en el balcón, se ve un

hombre inmóvil que se babea sobre una hamaca. Carmela se le acerca y lo huele, y de la peste se retira rápido.

-Ave María, el tufo de siempre. A ron y a otra.

-Tú sabes que los hombres tienen sus cosas...

-No, las cosas tienen que cambiar, mamá.

La mamá de Carmela la mira con tristeza. Le dice que le suena a Fela, que malrayo parta la hora en que permitió que la tía jamona se la llevara a trabajar con las tabacaleras, que le metió musarañas en la cabeza. Que le hubiese gustado que se quedara con ella cocinando en la casa, que ella le enseñaba, y así se podía seguir ocupando de que el marido no se distrajera. -No mamá, no es Fela, soy yo. No me sale estar encerrá', siempre quise treparme en el árbol y tratar de ver donde terminaba el Río Grande. Me soñaba lejos. Pero no, este puerco me agarró a los 13 y me arrebató los sueños.

-Así lo quiso Dios, Carmela.

-NO, así lo quiso él. Tú sabes que a mí me iba bien en la escuela, y nadie me defendió, ni la iglesia, ni la escuela, ni el gobierno. Mi único deber era casarme y criar. Que Dios me perdone, yo lo que quiero que se distraiga, y que un día se le olvide el camino a la casa. Aquí no hace nada que no sea apestar.

Se desliza sobre sus zapatillas negras, se toca los bolsillos, se asegura de que tiene las piedras, la libreta, la figa. Se pone una toalla sobre la cabeza, y se voltea por última vez. -Bendición.

-Que Dios te bendiga.

La lluvia está fría y hay neblina, todavía no hay mucha visibilidad, pero Carmela se conoce el

camino. Camina a saltitos tratando de evitar los charcos y las piedras, agarra un palo por si algún perro realengo se le cruza. La llovizna para. Se van asomando los primeros rayos del sol por entre los árboles. Se seca el pelo con la toalla y se la pone en el hombro. Aprieta el paso, se le salpica el fango en las piernas, pero no quiere llegar tarde, cuando llegue se limpia. Entra al pueblo. Frente a la tabacalera entre la gente ve a su tía Fela que la llama. -Carmelita, mi niña, ¿estás lista?

-Muerta de nervios, tití.

-Pues estás lista.

El grupo de mujeres se fueron acomodando, bloqueando la entrada a la tabacalera, agarradas unas a las otras. Carmelita se agarró de su tía con un brazo y el otro se lo dio a su compañera de mesa. Dos policías con caballos grandes y negros se les acercaron a gritarles, que se salieran o las iban a arrestar, disparaban al aire. A lo lejos, se podía ver en la otra esquina al jefe de la fábrica que las miraba visiblemente frustrado y con algo de miedo, era él quien les había pedido ayuda a las autoridades. Las mujeres gritaban “¡abusadores!” y “¡sáquenlos, cobardes!” , les escupían.

De momento comenzaron a cantar a coro “¡Qué revolú, que alboroto, porque este año Juana Colón no tiene voto!”

Los hombres trataron de pedir por sus esposas, dijeron que se habían vuelto locas, que estaban histéricas y poseídas. Las mujeres le gruñían a la policía y a cuanto macho se acercaba los atacaban con uñas y dientes, cantos de pelos flotaban, las abuelas y las jovencitas con las trenzas desaliñadas se miraban armadas con la misma rabia bajo el sol. Esa tarde las tabacaleras en Arecibo formaron un motín, apedrearon a los policías, y arrestaron a veinte trabajadoras, entre

ellas Carmela y tía Fela. Como a las cuatro de la tarde la cosa se había calmado. Esa noche en el calabozo, las mujeres que habían sido arrastradas y golpeadas, cantaron y lloraron juntas, convencidas que alcanzarían justicia para sus hijas, porque juraron que nunca, nunca se darían por vencidas. El año siguiente, mil novecientos treinta y seis, Carmela y sus compañeras de trabajo votaron por primera vez.